

# Un tríptico para Virginia Aguirre

## De sonidos, sirenas y aromas

POR SANDRO VALDÉS LUGO

### Canto infinito

Con los dedos entumecidos, un compositor sueña sentado frente a un piano, situado en la esquina de una diminuta habitación con las ventanas abiertas. Un aire de locura le rodea, pues constantemente se dice a sí mismo: he de forjar semejante monumento vocal. Cientos de voces silenciosas y parcas me saldrán del alma.

Luego de la atmósfera gloriosa que han creado sus palabras, estira los dedos, decidido a plantarlos en el piano. Repasaré de nuevo los magistrales acordes.

Una inofensiva mosca que emite un leve zumbido, molesta su extraordinaria tarea. Creatura ruidosa, has desolado mi grandiosa polifonía. La mosca detiene su vuelo y descansa delante del primer acorde. Ensuciará la partitura. El compositor se descalza lentamente mientras mira fijamente la partitura, como tramando algo, hasta que paf, estrella el zapato contra la mosca que descansaba en las pautas y que queda así estampada al instante.

Una partitura sucia se ciñe y plantea una nueva vía para mi obra, según la imperfección tendida en las pautas. Debo continuar mi composición.

Pero una sirena de ambulancia perturba de nuevo su trabajo.

Que mi fuero interno deslice su siniestra sombra al exterior, para que el desglose caótico obre a favor de la manifestación de mi genio.

Y por la ventana, de pronto, se escuchan voces.

¿Mis besos ya no hacen vibrar tu alma? No, quizá tus labios ya desdeñan los míos.

Si lo que afirmas fuese cierto, hace mucho que tal cosa se manifestaría en mi cuerpo con un lento y gélido fluido sanguíneo. Estaría imposibilitado de realizar cualquier movimiento. Ningún motor me habría movido hacia ti, ni siquiera el beso con el que hace poco envolví tu frente. Escúchame.

Enfurecido, el compositor cierra la ventana.

Ahora parece que nada a mi alrededor ha de amenazar mi trabajo. Pero antes de que sus dedos rocen las teclas, alguien llama a la puerta. El compositor entierra los dedos, como si quisiera desgarrar todo lo que emita sonido. Se acerca a la puerta y al abrirla, se encuentra con la soprano que ensayará los primeros pasajes dedicados a su tesitura.

Hay tanto ruido allá afuera que no me permite continuar la composición, dice molesto. ¿Qué lo hace creer que el ruido sólo viene de afuera?, responde amargamente la soprano. ¿Estudió la partitura?, pregunta el compositor a la cantante, y ella le responde con un gesto. Claro, aunque pienso que hay pasajes que están más allá de mis capacidades, pues contienen notas muy altas. Justamente de eso vine a hablarle. Él replantea las cosas. Lo que usted me quiere dar a entender es que no cantará esta obra. Ella las coloca en un mejor plano. Se equivoca, mi intención es sugerirle que baje dos tonos la partitura, pues no hay cantante con la capacidad de alcanzar semejantes notas, al menos no en este momento. Nuestro compositor replica todavía más enfadado: De ninguna manera accederé a tan divesca petición. Pues yo tampoco cederé ante su arrogancia. Sin embargo, he de proponerle algo. Repasemos la obra, así se convencerá del error tan grande que comete al exigir semejante extensión vocal.

Comienzan a interpretar la pieza con el compositor al piano. Los primeros compases son agradables al oído, pues el timbre y la forma de atacar las notas por parte de la soprano resultan adecuados. Pero cuando la voz se enfrenta a una escala



ascendente que al parecer no tiene límite preciso, la intensidad y potencia de la voz disminuyen hasta desaparecer, lo que se hace más notorio cuando el piano atiende a los silencios indicados por su línea. Pese a ello, los labios de la soprano siguen moviéndose. De pronto, deja de moverlos. El compositor toca una negra y luego aplaude. Excelente. ¿Pero acaso está usted sordo? Durante más de la mitad de la obra no hubo sonido alguno, más que ese solitario Sí bemol ataviado de un absurdo calderón con anacrusa a un compás plagado de silencios. ¿Es lo único que escuchó? Sí. Qué poco modesta es usted. Cree que el único sonido que vale la pena es el que le sale por la boca y el que le viene de un montón de rasgaduras entre hombre y materia. Al parecer, no escuchó la lectura que hizo su cuerpo de la altura sonora, aquello que sus labios captaron mejor que su cabeza.

Sirena

La divinidad crea la vida y se queda en el Cielo. El sepulturero  
acomoda y encierra la muerte y se queda en la Tierra.  
GABRIEL MIRÓ

Llamas en la barca  
al ocaso inmolada  
cual estrella siniestra arde tu seno  
el agua sobre la que se yergue tu llanto  
ha de apagar tu sed.

Érase un hombre que flotaba sobre las aguas, herido de muerte por el incendio del barco en que viajaba. Era tal la debilidad en su cuerpo que las olas decidían su camino. Dirigió la vista al punto del que brotaban unos cantos femeninos.

Elévese la última palabra en caos  
al compás de este celestial canto.  
Divino cielo de claroscuro intenso  
enamorado de este mar plateado  
pretencioso de su reflejo  
has de contenerte en él.  
Cielo en pasión desbordada  
bañémonos en ardorosos cantos festivos  
aunque el golpeteo de las olas pretenda sucumbir tu deseo.

Cuando el mar desplazó el cuerpo hasta el lugar, los soles asustaron los pequeños ojos de las sirenas. El hombre hizo todo lo posible para que su cuerpo permaneciera allí, como si fuese el más duro escolio.

Al anochecer, en cuanto los cantos volvieron a abalanzarse, su mirada se mantuvo fija en la sirena que estaba más cerca de su agonizante cuerpo. El hombre se dijo:

A la belleza que irradas ofrecería mis deseos, si aún la fuerza acompañara al cuerpo, pero ahora sólo puedo aspirar el cuadro sublime, abandonarme a su contemplación para ahogarme en su fulgor. La luna te ilumina. Aún así, la oscuridad no te abandona del todo. Cada vez que levantas una mano, la luz parece adornarte, mientras que la otra parte de tu cuerpo permanece escondida, como si algo ocultaras. Dios permita que la luz invada cada espacio, que la oscuridad sea una nada absoluta. Así podré percibirte, sin temor.

Una tormenta se anuncia con negras nubes.  
La luna se guarda como si temiese que el agua  
fuera adueñarse de su semblante.

Eco en tiempo  
desdén en viento  
Oh, Luna,  
¿nos abandonas?  
Cual crepúsculo diseminado  
tirado en olas sonoras  
casi entonadas en triste lira  
Oh, Cielo,  
entierra tu ira en relámpagos.

El hombre vio sumergirse a la sirena de la que se había enamorado. ¿Te marchas?, se pregunta angustiado.

La sangre, transfigurada en agua, se ha convertido en una mancha, cual aura evanescente. Mi conciencia se disuelve en la penumbra del misterio existencial. Es el céfiro que aún respiro y que se perpetúa en la divinidad. La máscara del universo es una dualidad para los ojos. El amor es la única manifestación de unidad. Divina sirena, me fundiré contigo en el todo, grita apuntando los labios al cielo, mientras su cuerpo se hunde en el fondo del mar.

La noche siguiente, la sirena emerge a la superficie y atraviesa la enorme mancha roja. Bañada en sangre canta.

La máscara del universo es una dualidad a los ojos.  
El amor es la única manifestación de unidad.  
Amor mío, ¿dónde estás?

## Alma y aroma

Deme medio kilo de ese café que huele, no del otro.  
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

¿Quién no se siente abrumado por el recuerdo de un aroma, por la forma de su emotividad? Es la sensación de estar envuelto en una cobija, es una presencia sin color que trasciende las sensaciones y se inserta de manera traviesa en la mente, para mover desde ahí el cuerpo llevándolo del grano de café a la máquina. Y cada palabra se convierte en filtro y en líquido de mi paladar, líquido de mi cuerpo.

Siento la humana palabra al palpar mi ser de agua. Y mi alma de aroma, transustanciada en el aire, responderá en el destello y se materializará en el viento. Y de la máquina caigo al grito de la orden: un expreso y un capuchino a la mesa dos. Siempre me arroja la taza. Caigo para no ascender. Caigo para evaporar. Sólo la luz me da esperanza, aunque ciego y vidente sea a la vez.

El expreso para el caballero y el capuchino para la señorita. Manos frías me abrazan en tazas distintas. Manos que me seducen por la espesura del ser poseedor de su dicha.

Expreso de hombre, expreso masculino. Tu mirada me consume, pero en mi oscuro manto ha de caer tu reflejo cual media luna. Sólo aprehendo tus ojos pesados, y esa nariz glotona. ¿Me inhalas?, ¿no te basta con poseer mi sabor?

Capuchino femenino. Capuchino de mujer. Estoy ciego, no puedo verte, nada más siento tus labios. Hay algo amargo en tu sorbo, empañarás mi dulzura.

Ascenderé aunque sus alientos pretendan domeñarme. Tentadora, mi carne líquida de agua ciega, en la que hombre y mujer aterrizan su llanto, su desesperación y su silencio. Dulce capuchino, dulce otoño mío, ocre en mí, dice la mujer mientras esplende la crema en sus labios. Ligerero, mi vapor asciende, doblando las miradas de ambos. Y me estrello en el beso amargo cuyo abrazo es la sonoridad más envolvente y cálida. Pero he de abandonarla, he de hacer del café una caja negra con la que los abandone en un silencio fúnebre. Quédense mi cuerpo de amargura.

Carajo, este café está quemado, coinciden ambos en el gesto y en la llama apagada de su deseo.

Y juega mi esencia en olas verticales, aspira a lo más álgido del lugar.

Aroma: alma de la planta, alma del café, que canta en la memoria.